


REVISTA DE LIBROS

Dossier: *Soviets en Buenos Aires*

Pittaluga, Roberto: *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.*

Pablo Luzuriaga

Universidad de Buenos Aires

I

Presentar este libro tiene una enorme significación para mí, por cantidad de cuestiones; pero como también, creo, la va a tener para todos los que están hoy presentes en esta sala de la Biblioteca Nacional, voy directo a los temas que quisiera tratar. *Soviets en Buenos Aires* es una obra de ingeniería, tiene la forma de una compleja relojería. En la presentación no tenemos distancia, no sabemos cómo va a ser leído este libro, no podemos evaluarlo por sus lecturas. Creemos que un buen punto de partida es pensarlo como un reloj.

No es un reloj. Tiene los mismos mecanismos, pero el tiempo que marca es otro.

Leer este libro se parece al gesto de quien arregla relojes. Sus dimensiones se ajustan bien a una mesa. Uno abre la tapa, la acomoda a un costado, luego va atravesando capas de ejes encastados unos sobre otros. Incluso, podríamos pensarlo como una suerte de ladrillo mágico. Más precisamente, nos referimos a la magia del autómeta. Ahí donde hay un corpus de materiales inerte, algo en su disposición los hace cobrar vida. Vamos a volver sobre esta figura, pero adelan-

* Exposición oral en la presentación del libro *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, sala Juan L. Ortiz de la Biblioteca Nacional, el 11 de marzo de 2016.

tamos que aquí se enfoca nuestra lectura, queremos destacar sobre todo aspectos que hacen a la disposición de los materiales de *Soviets en Buenos Aires*.

Se podría hacer un trabajo estadístico. En los paratextos hay un punto de partida, el índice de nombres tiene 585 entradas, las fuentes primarias suman 184, de las cuales 46 son publicaciones periódicas completas, con epicentro entre 1917 y 1921, folletos, libros; el volumen está dividido en sesenta unidades temáticas. Pero la cantidad puede estar ordenada de muchas maneras; aunque el número de las publicaciones periódicas, en ese corto período, habla por sí mismo. Entre los nombres, Lenin aparece en más de cincuenta páginas, cerca está Ingenieros; pero también Antonio de Tomaso y Enrique del Valle Iberlucea. En el índice a dos columnas, los nombres cuyas apariciones ocupan más de una línea van de esos a otros conocidos, como el escritor Elías Castelnuovo, Engels, Marx, Gogol, John Reed, Víctor Serge, Trotsky. Pero también otros, muchos otros nombres que, como de Tomaso o del Valle Iberlucea, nos animaríamos a decir que, fuera de la militancia y los especialistas, son desconocidos: Juan B. Justo y Palacios aparecen varias veces, también Enrique Dickmann, Mario Bravo, pero el sindicalista Bartolomé Senra Pacheco, Joaquín Coca, José Penelón (el dirigente gráfico que aparece en 23 páginas), Luis María López, Abraham Resnik o José Vidal Mata eran voces en un archivo, junto con la de otros muchos entre los más de quinientos nombres que tienen dos o tres apariciones en el libro, y que nadie había vuelto a reunir, por fuera de su tiempo, jamás.

Soviets en Buenos Aires convoca a una enorme asamblea de militantes de la izquierda argentina y del mundo, sacudidos por la revolución rusa de 1917; los reúne a todos y les pregunta por el significado de ese acontecimiento.

II

La enorme cantidad de datos que se manejan en esta investigación nos permite recurrir, también, a la figura de una computadora. Si quitamos la tapa, en su interior, el mecanismo tiene cinco vértices: tres libros y dos momentos históricos. En primer lugar, [1] habla de la revolución rusa y del periodo inmediatamente posterior, esos cinco o diez años desde el punto de vista de la izquierda en nuestro país. Por otro lado, [2] decimos que es un libro de historia, ni una sola página

escapa a la disciplina. Pero, al mismo tiempo, [3] es un libro de teoría marxista y es también [4] un ensayo. Con esto, queremos decir que el libro es un aporte clave a la historiografía de izquierda, a ese campo de estudios; también, que es un libro que se introduce, polemiza y dialoga con el marxismo teórico, se trata de una las expresiones más acabadas, en ese sentido, a nivel nacional. En la tradición de Agosti, Aricó, Schmucler, Milcíades Peña o Grüner; es una de las obras más ambiciosas y mejor resueltas. También decimos que habría que pensarlo como un ensayo, del tipo del *Facundo*, el de Sarmiento, el de Martínez Estrada o el de Sazbón. Por último, el quinto vértice de este mecanismo [5] es el presente más actual y eso es lo que lo transforma en un libro oportuno. Entre estas cinco coordenadas, tres libros, dos tiempos, se mueve la máquina.

[Coordenadas 1-2-5-4]

Soviets en Buenos Aires como volumen central de la historiografía de izquierda [1-2] presenta un desafío a cualquier trabajo de corte académico de las humanidades en general. La historia de la izquierda se inscribe en la investigación y en la disciplina de la historia a fuerza de crisis. Imagino que este no debe ser un libro cómodo para muchos historiadores profesionales. La historia de la izquierda, como especialidad, interroga a los fundamentos de la historia como reflexión general. El aporte en relación a la “historia argentina y su relación con el mundo, en el contexto de la revolución rusa”, es la respuesta a un mandato crucial en la Facultad de Filosofía y Letras: *Soviets en Buenos Aires* fue solicitado, diríamos, por el *Manifiesto de octubre. Para una crítica de la razón académica*, un folleto escrito en 1998, con varias firmas, que circuló a través de revistas, en el ámbito de las ciencias sociales de la Universidad de Buenos Aires. En ese manifiesto [5] se reclamaba, frente al estado de pauperización de la universidad y en pleno neoliberalismo, un texto que fuera duradero; frente al incipiente ascenso del *paper*, se reclamaba un libro que entrara en la tradición del “pensamiento argentino”. No estoy nombrando, porque los desconozco, otros libros de historia publicados del noventa y ocho para acá que seguramente también respondan a ese mandato; pero, no hay dudas de que *Soviets en Buenos Aires* está entre esos libros-respuesta. Hilando un poco más fino, la respuesta sería la tesis doctoral, el libro es el ensayo [4].

[Coordenadas 1-3-4]

El libro como *ensayo de teoría marxista* [3-4] se estructura desde un eje: se enfoca en el momento histórico emblemático del socialismo y del comunismo, pero desde un punto de vista marginal. La revolución rusa [1] continúa siendo, para la teoría marxista, el acontecimiento más importante, junto a la china, la contienda clasista más grande de la historia. El centro está trastocado, descentrado. La revolución de los soviets es auscultada desde “las orillas del Plata”: desde las discusiones políticas que le asignan sentidos, en las publicaciones de la izquierda argentina. En este sentido, el libro como pieza de ingeniería, interroga a la teoría en términos estratégicos. Si el marxismo, como teoría del proyecto político de la izquierda, es universalista; entonces, la revolución que le dio todo el poder a los soviets fue el punto de partida de una transformación general. La política universal, la “ley general de la historia” y la revolución rusa organizaron bajo la lógica del marxismo-leninismo al núcleo duro de una teoría que, en términos de Ernst Bloch, podríamos llamar la corriente fría del marxismo, el análisis crítico que espera observar, en cada caso, lo alcanzable según las posibilidades dadas. El libro de Pittaluga [3] entendemos que está más cerca del “marxismo esotérico” o “marxismo cálido”. Una corriente que, más que analizar el camino, atiende a la expectativa puesta en la meta, un marxismo que “espera con fundamento real alcanzar lo utópico que de momento sólo es en potencia”¹.

La revolución rusa es el principal engranaje en la lógica mecánica del marxismo frío; *Soviets en Buenos Aires*, como una bomba de tiempo de la corriente cálida, se incrusta en ese eje para hacerlo estallar. Tal como indica la presentación (p. 15) se observa a la revolución —“la emancipación que en la primera posguerra, con desigual intensidad en los distintos lugares, tuvo su momento, antes de ser derrotada”—: como una subjetividad que desbarata identidades y saberes; y no como el producto mecánico de las leyes de la historia. En este sentido, el libro es un aporte clave a la [3] teoría política del marxismo: el soviets, como cualidad política, es definido en relación al desbarajuste que provoca en una serie de categorías que son las que organizan el índice: (a) el tiempo, (b) el espacio, (c) los sujetos, (d) el régimen y (e) la sociedad y la cultura.

1 Pérez del Corral, Justo: *El marxismo cálido*, Ernst Bloch, Madrid: Mañana, 1977, p. 18.

Es un libro de teoría [3] en tres sentidos²: en primer lugar, pone en duda “el sentido común” acerca de las lecturas de la revolución rusa en nuestro país, no se trata de un mero acto de recepción pasiva; en segundo término, propone algo diferente a lo expresado en las fuentes, les asigna un sentido que en sí mismas no tenían, pero que ahora está allí; y, en tercer lugar, porque tiene efectos por fuera del campo específico en relación a [1-2] la historia de la revolución rusa y la izquierda argentina de la década del veinte. La revolución, como subjetividad política que desbarata identidades, se compone como concepto teórico *en* las fuentes históricas y, al mismo tiempo, tiene efectos por fuera de allí.

Reforma o revolución, Internacional Sindical Roja o Federación Sindical Internacional, Lenin o Bakunin, Lenin o Kerensky, Segunda o Tercera Internacional, parlamentarismo o acción directa, sindicatos o partidos, programa máximo o programa mínimo eran (dice Pittaluga) formas del debate con una tradición a esas alturas más que importante.

Eran, decimos, el sentido común de la discusión política en torno a la revolución; *Soviets en Buenos Aires* observa, detrás de estas, y en los textos de la izquierda argentina, otras tensiones y contradicciones políticas que aparecen como efecto de la teoría.

[3.a. El tiempo]

El soviét como subjetividad política opera sobre el tiempo de los relojes y el progreso; terminar con la explotación capitalista implica darle fin a su política del tiempo. Pittaluga, parafraseando a Koselleck, sostiene que el progreso mundano desplazó a la forma religiosa: “abrió la posibilidad de la perfectibilidad del hombre a través de la vida terrenal” (p. 153), pero, continúa, “no pudo eludir el punto de vista exterior a esa misma historia”, la lógica mecanicista que observa desde una supuesta exterioridad eterna. ¿Cómo se define una política del tiempo? ¿La revolución implicó una ruptura temporal? ¿Estaba ligada a un proceso irreversible? Necesidad, fatalidad, aceleración, “tiempo a favor”, porvenir, avance, retroceso y estancamiento son algunas de las modalidades de esta política que *Soviets en Buenos Aires* observa en los escritos de Antonio de Tomaso, Enrique del Valle Iberlucea, Alfredo Palacios, Carlos Astrada, José Ingenieros, Mariano Barrenechea, Diego Abad de Santillán, entre otros.

2 Culler, Jonathan: *Breve introducción a la teoría literaria*, Barcelona, Crítica, 2000.

Escondida en las valoraciones políticas acerca de la revolución, Pittaluga encuentra una intensidad temporal que va a contramano de los esquemas hegemónicos: un “tiempo revolucionario” irreductible a la sucesión cronológica y que este libro, como artefacto de ingeniería, permite mensurar. Un tiempo discontinuo que, aunque no se enuncia en las fuentes como una elaboración definida, opuesta por completo a las ideas del tiempo lineal y del progreso, bajo sutiles emergencias —dice Pittaluga—, se evidencia en los debates políticos. Son formas del tiempo histórico que, a pesar de que no fueron reflexionadas como tales ni tampoco fueron señaladas como contrapunto de las concepciones progresistas, están allí, en las fuentes.

Esta temporalidad novedosa, discontinua y cualitativamente distinta a la racionalidad del reloj aparece como la intensidad de un *ahora* que desvía al presente respecto de la lógica capitalista del progreso. La revolución es *ahora*. El geólogo, historiador y dramaturgo Moisés Kantor (que aparece en el libro en 17 oportunidades) escribe lo siguiente, en el número 1 de la *Revista de Filosofía*: “En los momentos de vida intensa, como los que pasa Rusia, cuando un año es un siglo, nada se toma a plazos: los que son partidarios de la conquista inmediata del socialismo, se consideran a sí mismos socialistas verdaderos; los que hablan del socialismo para el día de mañana, los que piden una tregua, son demócratas y enemigos del socialismo”. La política del tiempo se amalgama con la radicalidad del programa máximo, la revolución no puede esperar a mañana. Juana María Beggino, obrera militante del socialismo, y una de las principales oradoras en el III Congreso Extraordinario del Partido Socialista, exclama: “¡La hora del socialismo ha llegado!”. Esa misma intensidad se repite también en el artículo que el fotógrafo y periodista de origen italiano, Esteban Dagnino, publica el 30 de marzo de 1917, en *La Vanguardia*: “la bandera roja izada sobre la residencia imperial de Petrogrado, como símbolo no despreciable en este *ahora* en que tantas esperanzas y temores agitan al mundo”. Por último, en *La Internacional*, el órgano del Partido Comunista, “festejaban —señala Pittaluga— la *duración* de este *ahora*, que además situaban en un tiempo discontinuo” (p. 154):

...recordemos la gradación que hacía Lafargue: “El 18 de marzo de 1871 fue la segunda gran batalla que los obreros y los socialistas libraban contra la sociedad capitalista. Pero mientras la primera batalla, la de junio de 1848, duró tres días, los insurrectos de marzo de 1871 se mantuvieron firmes en sus puestos durante dos meses, haciendo frente a todas las fuerzas coaligadas de la burguesía”. La de Rusia dura ya un año, ¡y aún no está vencida! (p. 154).

La “gradación” de Paul Lafargue, hablamos del autor de *El derecho a la pereza*, yerno de Marx, es completada por los redactores de *La Internacional* con el hito de la revolución en Rusia: el *ahora* del tiempo revolucionario tuvo tres días, luego dos meses y más tarde, en 1918, llevaba un año de duración ininterrumpida. El tiempo de la revolución es discontinuo, según Pittaluga, son saltos de un conato emancipatorio a otro, en el sentido de inicios de acciones que no llegan a terminarse. Esta cualidad del tiempo emerge, con menos sutileza, en el artículo que José Torralvo publica, en las páginas ácratas de *La Protesta*, el 4 de febrero de 1920, bajo el sugerente título: “El valor desigual de las horas”. “Todas las horas son iguales”, dice, excepto en esos momentos en los que “el esclavo mira con altanería y de hito en hito a su señor”; allí es cuando “puede asegurarse que en el tiempo ha sonado una hora nueva”. Un tiempo desorientado que reorganiza el pasado y rompe el *continuum* temporal.

[3.b.c.d.e]

¿Qué es lo que hace la revolución con el tiempo (a)? ¿Acaso, abre una brecha? ¿Qué hace con el espacio (b)? ¿Qué hace con los sujetos (c), con el régimen político (d), con la sociedad y la cultura (e)? La asamblea numerosa que puebla el índice de nombres responde a todas estas preguntas. En cada capítulo encontrarán una tesis que define la cualidad política de la revolución; en conjunto configuran un aporte clave a la teoría política del marxismo. El *espacio* político (b) es redefinido por la revolución en dos sentidos, dice Pittaluga: “lateralmente, porque quiebra las delimitaciones nacionales de los contextos particulares (es su dimensión internacionalista, actuando y arraigando en el “teatro del mundo”); verticalmente, al dismantelar el viejo edificio de la política para reemplazarlo por acciones descentradas que fluyen de abajo hacia arriba”(pp. 338-339).

Los *sujetos* políticos (c) de la revolución, tras ser analizados desde las minorías de avanzada a las amplias masas sin dirección (el lugar del partido, del sindicato, de los soviets, la perspectiva socialista, anarquista y comunista), son definidos en relación a una tesis que se complementa con la del tiempo y el espacio. Los *soviets* son indiscernibles según las categorías previas del conocimiento político, se definen aquí como nuevas figuras de subjetividad emergentes. El obrero, el campesino, las mujeres se comportan de modo impropio, la potencia política del soviets produce un desbarajuste, “esas identidades —dice Pittaluga— son cuestionadas por los agentes revolucio-

narios, que son tales en nuevas modalidades de relación, en las nuevas formas de compartir, de definir lo que es común (es decir, de constitución de una comunidad política)” (p. 211).

La revolución implica un nuevo reparto de lo sensible³, la asignación de valores, de identidades y sentidos queda por completo trastocada. El capítulo que se titula *régimen* se concentra en la filosofía política de la revolución, el arco que va de la “dictadura del proletariado” a la democracia revolucionaria sobre la base de una reflexión acerca del poder constituyente de esta nueva subjetividad. Se trata de un análisis crítico sobre la violencia de la revolución y su relación con el estado de excepción en donde los autores de la izquierda argentina de los años veinte dialogan con Arendt, Agamben, Rancière y Benjamin.

Asimismo, este torbellino político que pone en jaque a las subjetividades, Pittaluga lo enfoca hacia la sociedad y la cultura. Quienes trabajamos en el campo de los estudios culturales y los estudios literarios encontramos aquí un aporte fundamental para reorganizar el mapa de conceptos y problemas sobre la cultura argentina del primer tercio de siglo, el periodo de modernización, entendida de modo más o menos periférica. El impacto de la revolución rusa en la cultura de izquierda nos permite volver a pensar las producciones del grupo Boedo, de los artistas del pueblo, del teatro del pueblo y así reconfigurar sus relaciones con la vanguardia. Como en todo el libro, aquí también hay fuentes de una riqueza superlativa, como, por ejemplo, el informe del Instituto de Trabajo Científico de la URSS realizado por el secretario general de la Federación Belga del Vestido y publicado en la *Revista de Oriente*, en agosto de 1925. Modernización, maquinización, producción y cultura, en un combo soviético que dialoga al mismo tiempo con la revista *Claridad*, con la obra de Diego Rivera y con *Obra de arte total Stalin*, de Boris Groys⁴. De igual modo, las consideraciones respecto de la mujer y la educación permiten volver a pensar los procesos de modernización en nuestro país en esas primeras décadas del siglo XX. El libro modifica todo lo que se ha dicho acerca de ese período porque lo hace dialogar con voces que no habían sido tenidas en cuenta.

3 Rancière, Jacques: *Política de la literatura*, Buenos Aires, Libros Del Zorzal, 2011.

4 Groys, Boris: *Obra de arte total Stalin = (Gesamtkunstwerk Stalin)*, Valencia, Pre-Textos, 2008.

III

[Coordenadas 1-4-5]

Soviets en Buenos Aires es un ensayo de teoría política sobre la revolución. Desde el punto de vista de la subjetividad política se incrusta en el eje principal del marxismo mecanicista que veía, en la revolución rusa, las leyes objetivas de la historia y lo hace estallar en pedazos. Como artefacto de ingeniería, una serie de engranajes lo presentan como un libro de historia, todas las reflexiones están ancladas en el inmenso archivo de la izquierda argentina ante los acontecimientos en Rusia. Otra serie de engranajes lo presentan en la larga tradición del ensayo [4]. En ella, se inscribe mediante una operación que, a modo de cierre, quisiéramos describir.

Dentro de esta máquina, entre estos engranajes, se encuentran dos tiempos, el de la revolución rusa [5] y el del más inmediato presente [1], por eso decimos que se trata de un libro oportuno. Acerca del presente no encontramos ni una sola indicación directa, pero está allí, todo el tiempo. Diríamos que se esconde en ese tiempo desorientado, en la potencia de esas instancias emancipatorias no concluidas, en los saltos del tigre, como dice Pittaluga recordando la imagen que propone Benjamin. Detrás de esa temporalidad revolucionaria el tigre está al acecho, esperando, hoy, para volver a saltar.

La revolución rusa de 1917 y el presente de 2016 se relacionan en este libro de un modo que se corresponde con las tesis del cuento de Ricardo Piglia “Un cuento siempre cuenta dos historias”⁵. Los relatos policiales clásicos narran la historia de la investigación y, al mismo tiempo, cuentan de manera encriptada la historia del crimen. En términos cronológicos, leemos la historia segunda y, a través de ella, nos enteramos cómo fue la historia primera. *Soviets en Buenos Aires* hace lo mismo, pero en sentido inverso: cuenta la historia de la izquierda argentina ante la revolución rusa, pero, en sus intersticios, cuenta la historia de la subjetividad revolucionaria como posibilidad en el presente más inmediato. En la segunda tesis, Piglia decía que la historia secreta, la que está encriptada en este artefacto, es la clave de la forma del cuento. El presente es la historia escondida de *Soviets en Buenos Aires*, la clave de su forma. Esta visita a la antigüedad ideológica de la

5 Piglia, Ricardo: *Crítica y ficción*, Buenos Aires, Fausto, 1993.

izquierda argentina no hace más que preguntarnos sobre las posibilidades de reeditar algo de aquella subjetividad revolucionaria en medio del actual *ethos* neoliberal que, al menos, desde noviembre pasado pretende quitarnos el sueño. El presente encriptado en la historia es el motor de esta máquina que, a la manera de un ladrillo mágico, se incrusta en el edificio de la teoría marxista para darle vida y echarlo a andar. Es la magia del autómatas, la magia del cine: *Soviets en Buenos Aires* es un inmejorable título para que alguien filme la película, Alexander Kluge sería genial. Pero hay directoras y directores argentinos que también podrían asumir el desafío.